

CHARLOTTE BRONTË

Como  
fósforos  
de Lucifer

*A Emily Brontë,  
Stonegappe, 8 de junio de 1839*

Queridísima Lavinia:<sup>1</sup>

Te estoy sumamente agradecida por la molestia que te has tomado al reunir mis cosas y enviármelas. La caja y su contenido han llegado bien. Solo me arrepiento de no haberte pedido que me enviaras más papel de carta, solo me quedan dos hojas con esta. Cuando puedas mandarme los vestidos que aún quedan por confeccionar, te lo agradeceré en el alma.

Me está costando mucho esfuerzo encontrar satisfacción en este lugar. La zona, la casa y los campos son, como ya te he dicho, divinos. Pero, ¡ay de mí!, es horrible observar toda la belleza que me rodea —agradables bosques, sinuosos senderos blancos, verdes prados

1 Apodo de Emily Brontë.

y un brillante cielo azul— y no tener un momento de paz o un pensamiento libre para disfrutarla. Los niños están conmigo constantemente y son los muchachos más rebeldes, perversos e ingobernables que jamás han nacido. En cuanto a castigarlos, descubrí pronto que era imposible: hacen lo que quieren. Si me quejo a la señora Sidgwick solo obtengo miradas de reproche y excusas injustas y parciales para proteger a los niños. Ya lo intenté una vez y resultó tan sumamente mal que no lo volveré a intentar. En mi anterior carta te conté que la señora Sidgwick no me conocía. Ahora empiezo a comprender que no tiene intención ninguna de hacerlo, que yo no le importo absolutamente nada excepto para pensar cómo explotarme al máximo posible, y con ese fin me abruma con océanos de costura, yardas de batista a las que hacer el dobladillo, gorros de muselina que tejer y, sobre todo, muñecas a las que vestir. No creo que yo le resulte en absoluto de agrado porque no puedo evitar ser tímida en un escenario tan nuevo, rodeada como hasta ahora de caras extrañas en constante cambio. Solía pensar que me gustaría rodearme de la alta sociedad, pero ya he tenido suficiente, me parece horrible poder tan solo mirar y escuchar. Ahora soy capaz de ver con más claridad que nunca que una institutriz privada es algo que no existe, no se la considera un ser vivo y racional excepto para sus tediosas tareas. Mientras enseñe a los niños, trabaje

para ellos y los divierta, todo está bien. Si una roba un momento para sí misma, se convierte en una molestia.

Aun así, todos consideran a la señora Sidgwick como una mujer agradable. Sus modales son escrupulosamente amables; habla mucho, pero a mi parecer con poco sentido. Quizá me resulte más agradable después de un tiempo, ahora mismo no tengo necesidad de llamar su atención. El señor Sidgwick es, en mi opinión, cien veces mejor —menos exigente, menos rebosante de condescendencia, pero un corazón mucho más bondadoso—. Casi nunca me habla, pero cuando lo hace me siento más feliz y tranquila durante unos minutos. Nunca me pide que les suene las sucias narices a los niños o que les ate los zapatos o que vaya a buscar sus delantales o que les coloque una silla. Una de las tardes más placenteras que he pasado aquí —de hecho, la única— fue cuando el señor Sidgwick salió con sus hijos y me ordenó seguirlos unos pasos por detrás. Mientras paseaba por los campos con su magnífico terranova al lado, se asemejaba mucho a lo que un caballero conservador, honesto y rico debe ser. Hablaba con libertad y de manera sencilla a la gente con la que se encontraba, y aunque era indulgente con sus hijos y los dejaba burlarse de él demasiado, no permitiría que insultaran a los demás.

Estoy empezando a cogerle cariño a los Carter. En casa no les tenía mucha estima, pero aquí son mis amigos. El señor Carter estuvo en Mirfield ayer y vio

a Anne. Dice que tenía muy buen aspecto, fuera de lo común. Pobrecilla, ella sí que deseará estar en casa. En cuanto a lo que dice la señora Collins sobre que la señora Sidgwick pretende conservar mis servicios de manera permanente, no creo que esa haya sido nunca su intención. Además, no me quedaría si no hiciese algunos cambios. Por ejemplo, la responsabilidad de la costura tendría que quitármela. Es demasiado. Nunca en mi vida he estado tan ocupada. La semana que viene marcharemos a Swarcliffe, a casa del señor Greenwood cerca de Harrogate, nos quedaremos tres semanas o un mes. Después, espero que la señorita Hoby regrese. No le enseñes esta carta a papá o a la tía, solo a Branwell, porque si no, pensarán que nunca me satisface el lugar donde estoy. Me quejo contigo solo para aliviarme, y de verdad pienso que tengo que aguantar algunas humillaciones que no esperaba. No obstante, las cosas todavía pueden mejorar, pero la señora Sidgwick espera que haga cosas que no puedo hacer —como querer a sus hijos y estar completamente dedicada a ellos—. De verdad que estoy muy bien. Tengo tanto sueño que no puedo escribir más. Lo dejo. Transmíteles mi cariño a todos. —Adiós.

Dirige el próximo paquete a: J. Greenwood, Esq., Swarcliffe, cerca de Harrogate.

C Brontë

*A Ellen Nussey,  
Upperwood-House, 7 de agosto de 1841*

Querida Ellen:

Es sábado por la tarde, he acostado a los niños y ahora me siento a contestar tu carta. Estoy otra vez sola — ama de llaves e institutriz— pues el señor y la señora White se han quedado con una tal señorita Duncome de Brook-Hall, cerca de Tadcaster. Si te digo la verdad, aunque esté sola mientras ellos están fuera, este es de lejos el momento más feliz de mi estancia: los niños al menos ahora se están comportando de manera tolerable, los sirvientes son muy obedientes y atentos conmigo y la ausencia de sus amos me libera de la obligación de esforzarme por parecer siempre tranquila, alegre y abierta con aquellas ideas y creencias que me resultan casi incomprensibles, como las mías (si las compartiera sin reservas) les parecerían a ellos.

Parece que Martha Taylor va a disfrutar de muchas oportunidades —al igual que Mary— y te sorprendería oír que volverá de inmediato al continente con su hermano John —aunque no para quedarse, sino para viajar y descansar durante un mes—. Me alegra que se haya dispuesto así, parecía extraño que hasta ahora prefirieran a Martha antes que a su hermana mayor. He recibido una larga carta de Mary y un paquete que contenía un regalo: una preciosa bufanda de seda negra y un hermoso par de guantes de piel que compró en Bruselas. Por supuesto que en cierto sentido estoy agradecida por el regalo —agradecida porque hayan pensado en mí estando tan lejos, en medio de las emociones que ofrece una de las capitales más espléndidas de Europa— pero, aun así, me resulta un fastidio aceptarlo. Sospecho que Mary y Martha llevaban encima el dinero justo y no pudieron comprarse ellas algo también. Me hubiera gustado que dejaran constancia de sus recuerdos mediante un regalo más asequible.

La carta de Mary hablaba de algunos cuadros y catedrales que han visto —unas pinturas de lo más exquisitas y catedrales de lo más venerables—. No sé qué nudo se me hizo en la garganta al leer su carta, como una impaciencia tan vehemente de moderación y trabajo constante, un deseo tan fuerte por tener alas, alas como las que la riqueza puede

proporcionar, una sed tan urgente de ver, de saber, de aprender, que algo pareció expandirse con fuerza dentro de mí durante un minuto y me sentí tentada por la conciencia de mis habilidades sin aprovechar; luego todo colapsó y perdí la esperanza.

Querida Nell, no podría confesarle esto a nadie salvo a ti —y por carta mejor que *viva voce*—. Estas emociones rebeldes y absurdas fueron tan solo momentáneas —las apacigüé en cinco minutos— y espero no revivirlas, pues resultaron sumamente dolorosas. No he continuado con el proyecto<sup>2</sup> que te comenté y de momento no seguiré con él. Pero Emily, Anne y yo lo mantenemos en el horizonte. Es nuestra estrella polar y la observamos en todos los momentos de abatimiento. Empiezo a sospechar que estoy escribiendo con un tono que te hará pensar que soy infeliz, pero estoy muy lejos de serlo, al contrario, sé que mi posición es favorable para una institutriz; lo que a veces me consterna y me atormenta es la convicción de que no tengo un don natural para mi vocación, si se tratase tan solo de enseñar, si solo ese fuera el requisito, sería sencillo y fácil, pero es el vivir en casas ajenas, la extrañeza de mi propio carácter, la adopción de una apariencia fría, frígida, apática, lo que resulta doloroso.

2 Fundar una escuela.

En general, estoy contenta de que fueras con Henry a Sussex —nuestra desilusión fue lo suficientemente amarga, pero todo eso ya se ha olvidado—, y te viene bien un cambio. No menciones de momento a nadie nuestro plan de la escuela —un proyecto que no ha comenzado es siempre incierto—. Escíbeme a menudo, querida Nell, sabes que valoro tus cartas. Dale recuerdos a tu hermano y a tus hermanas, y créeme.

Tu amada niña (pues así eliges llamarme),  
CB

Estoy bien de salud. Tan solo tengo un dolor en el corazón (debo aludir a él aunque había decidido no hacerlo): se trata de Anne, tiene mucho que soportar, mucho más que yo. Cuando mis pensamientos se centran en ella, siempre la ven como una extraña paciente y perseguida, entre personas de lo más groseramente insolentes, orgullosas y tiránicas de lo que tu imaginación sin ayuda puede representar fácilmente. Sé qué tipo de susceptibilidad se esconde en su naturaleza; cuando hieren sus sentimientos desearía poder estar con ella para proporcionarle un poco de alivio. Está más sola, menos dotada de la capacidad de hacer amistades incluso que yo. Olvida el tema.

*A Ellen Nussey,  
[Haworth], 24 de marzo de 1845*

Querida Ellen:

Te repito lo que tú a veces me dices: ¡Cuídate! No eres lo suficientemente fuerte ni eres lo bastante robusta para viajar setenta millas en una calesa descubierta cuando hace tanto frío. No lo vuelvas a hacer.

Has hecho bien en alejarte de George<sup>3</sup> durante un tiempo —tu ausencia no puede hacerle daño—; además, distanciarse por completo de las personas y de todo lo que rodea su enfermedad probablemente le vendrá bien a él. No te desanimes, querida Ellen, porque la recuperación de George sea lenta, si piensas en la naturaleza de su enfermedad, en la extremada delicadeza del órgano afectado (el cerebro), resulta

<sup>3</sup> George Nussey (1814-85), hermano de Ellen, padecía una enfermedad mental.

obvio que dicho órgano, después de la irritación por las fiebres y la inflamación, no pueda recuperarse, hay que darle tiempo. Creo que con tiempo se recuperará por completo. No lo esperaría así si George fuese un hombre de hábitos irregulares, pero como no lo es, creo que es un buen fundamento para estar llenos de esperanza.

¿Has tenido noticias de Mary Taylor? —¿qué día se marchó, cuántos pasajeros había en el barco, tenía buen estado de salud, con qué ánimos partió, etcétera?—. Recoge toda la información que puedas y transmítemela. Ayer me sorprendió ver un periódico dirigido a Mary Taylor con fecha del 9 de marzo, aunque no pude descifrar bien el matasellos, era un semanario.

Casi no puedo contarte lo lento que pasa el tiempo en Haworth, no ocurre nada que marque su progreso, un día se parece a otro, y todos tienen unas fisonomías apagadas. El domingo, que es el día de hornear, y el sábado, son los únicos días que tienen una pequeña distinción. Mientras tanto, la vida pasa, pronto cumpliré treinta y aún no he hecho nada. A veces me pongo triste ante las perspectivas que tengo delante y detrás de mí. Y aunque sea estúpido y esté mal quejarse, sin duda mi deber me llama a quedarme en casa por el momento. Hubo un tiempo en que Haworth me resultaba un lugar muy agradable, pero ya no. Siento que estamos todos enterrados aquí. Me gustaría viajar, trabajar para

vivir una vida de acción. Lo siento, querida Ellen, por preocuparte con mis inútiles deseos. Me ahorraré el resto y no te molestaré con ellos.

Tienes que escribirme. Si supieras lo bienvenidas que son tus cartas escribirías más a menudo. Tus cartas y los periódicos franceses son los únicos mensajeros que llegan del mundo exterior, más allá de nuestros páramos. Y son unos mensajeros muy bienvenidos.

Hablando de periódicos franceses, es una pena que no recibiera ninguna indicación de que debía mandártelos, si no, lo hubiera hecho. Como se ha acordado, por supuesto, que Hunsworth te los envíe a ti, ahora tendrás todas las garantías de que los recibirás primero, ten por supuesto que así será y enviámelos regularmente.

¿Qué han dicho el señor y la señora Hudson sobre tu aspecto cuando te vieron? ¿No pensaron que es maravilloso que después de siete años sigas estando tan joven?

No te olvides de contarme cómo está George cuando escribas —mándales mi cariño a tu madre y a tu hermana—. ¿Está ya la señora Skyes contigo? ¿Sabes algo de la señorita Wooler? Escribe pronto. Gracias, querida Ellen.

C Bronte

Cuando veas a Joe Taylor pregúntale por la dirección de Ellen Taylor en Bradford.